

NOVEDADES BIBLIOGRÁFICAS

RESEÑAS

Krister, Wahlbäck, **The Roots of Swedish Neutrality**, Uppsala, The Swedish Institute, 1986, 80 pp.

LA NEUTRALIDAD SUECA es un tema que ha llamado la atención de diversos estudiosos del derecho internacional y de las relaciones internacionales. Concebida de una manera muy distinta a la neutralidad de Suiza, Austria o Finlandia, la sueca encuentra sus raíces en los primeros años del siglo XIX, para evolucionar, desenvolverse —no sin problemas— y llegar a ser replanteada a la luz de los acontecimientos recientes que tienen lugar en Europa, a saber: la consolidación de la Comunidad Económica Europea, donde los suecos debaten en torno a la conveniencia o no de solicitar la membresía en dicho organismo.

El análisis presentado por Wahlbäck retoma, desde una perspectiva histórica, los orígenes de la neutralidad de Suecia, desde el final de las guerras napoleónicas en la segunda década del siglo pasado hasta mediados de la década de los ochenta en el presente siglo.

Al ascender en 1818 al trono sueco, Karl Johan pronunció un breve discurso en donde salían a relucir sus percepciones geográfico-estratégicas y geopolíticas acerca del papel que debería desempeñar su país en el futuro de Europa (p. 8). Así, asumía que puesto que Suecia no se encuentra localizada en la Europa continental, la política e intereses del país llevarían a que los suecos se abstuvieran de participar en disputas que no concernieran al pueblo escandinavo.

Uno de los documentos más importantes de la época fue un memorándum confidencial, fechado el 4 de enero de 1834, en el que Karl Johan explicaba a los gobiernos de la Gran Bretaña y Rusia la posición que Suecia asumiría en la eventualidad de un conflicto. En dicho documento, el soberano hacía notar que "Suecia se había convertido en una potencia con miras más estrechas, en virtud de la pérdida de Finlandia en 1809 y la unión con Noruega en 1814" (p. 11). Ahora Suecia valoraba la importancia de preservar su propia estabilidad y su existencia como Estado, por ello renunciaba definitivamente a reclamar cualquier derecho sobre los territorios que perdió tras las guerras napoleónicas. Para ello, Karl Johan hacía notar que, en lo sucesivo, Suecia observaría una "estricta e independiente neutralidad" (p. 12).

En aquellos años resultó muy difícil para el rey hablar de neutralidad, especialmente cuando las grandes potencias de la época sólo reconocían a Suiza y Bélgica como Estados neutrales. Por ello, cada vez que la guerra parecía inminente, los suecos aludían a su neutralidad a fin de que, a través de la costumbre internacional, los países europeos reconocieran la actitud asumida por Suecia.

Karl Johan murió en 1844 y sus sucesores, Óscar I y Karl xv, serían los encargados de fortalecer la política exterior sueca, tanto interna como externamente, porque la opinión pública sueca pedía un mayor apoyo hacia la Gran Bretaña y Francia, mientras que existía una notoria oposición hacia los regímenes reaccionarios de Rusia, Prusia y Austria.

Así, durante la Guerra de Crimea, Suecia emitió una declaración de neutralidad (1853) que se apoyaba en la de 1834, con la única diferencia de que permitía el uso de unos cuantos puertos suecos como bases militares. En virtud de lo anterior, Gran Bretaña y Francia pudieron utilizar el puerto sueco de Farösund y la isla de Gotland como centros de operación para atacar a Rusia. Debe recordarse, sin embargo, que durante el conflicto el Mar Negro fue el principal escenario de combate, mientras que el Báltico fue un escenario secundario (p. 16).

En 1855 se firmó el llamado Tratado de Noviembre, que para muchos significó el abandono por parte de Suecia de su neutralidad. En dicho documento se estipulaba que los territorios de Suecia y Noruega serían protegidos por la Gran Bretaña y Francia en contra de las demandas rusas, mientras que el rey Óscar I no cedería ningún territorio a Rusia. El siguiente paso consistía en concluir una alianza formal así como la entrada de los suecos a la guerra, al mismo tiempo que se desplegaría una vasta ofensiva en la región del Báltico. Sin embargo, el Tratado de Noviembre fue diseñado para presionar a Rusia a fin de que iniciara las negociaciones de paz y Suecia nunca puso en práctica lo ahí estipulado (p. 16).

La política de neutralidad sueca tuvo que afrontar duras pruebas en periodos sucesivos, tales como la Guerra Danesa-Alemana de 1864, en virtud de una vieja promesa que el rey Karl Johan había hecho al

rey de Dinamarca en el sentido de que su país formaría una alianza a fin de defender Schleswig, punto de disputa entre alemanes y daneses. En esta ocasión, Suecia no se aventuró a la guerra debido a los limitados recursos militares con que contaba, mismos que, en opinión de los suecos, no harían una decisiva contribución para defender Dinamarca. Ante esas circunstancias, los daneses pelearon solos contra Alemania y no sólo perdieron Schleswig, sino también Holstein.

Los últimos años del siglo pasado fueron de extrema inseguridad para los suecos. Al interior del país se organizaban diversos grupos sindicales, a la vez que surgían los primeros partidos políticos. En el ámbito internacional, las naciones se preparaban para lo que posteriormente se conocería como la primera guerra mundial.

Durante esta primera gran conflagración mundial, los suecos tuvieron nuevas dificultades en el manejo de su política exterior en virtud del comercio tradicional que mantenían con Alemania. La Gran Bretaña, entre otros Estados, promovió un bloqueo económico en contra de los alemanes, política que Suecia no podía secundar so riesgo de minar sustancialmente su economía. Luego de numerosas tensiones, Suecia aceptó limitar su comercio con Alemania, mientras lo incrementaba con Occidente (p. 26).

Luego de la firma de los Tratados de Versalles, Suecia quedó con una posición muy favorable en Europa. Por una parte, Alemania había perdido la guerra y con ello sus pretensiones de dominar el Báltico. Dinamarca recobró Schleswig y Finlandia surgió como Estado independiente. Ahora Suecia no tenía a ninguna potencia como vecino inmediato y ninguno de los tres Estados nórdicos estaba ligado a las grandes potencias de la época. Así, las condiciones para una exitosa política exterior sueca estaban dadas (p. 35-36).

Cuando la Liga de las Naciones fue creada y Suecia manifestó su intención de ingresar al organismo, la neutralidad sueca comenzó a ser activa, en tanto que la membresía en el organismo citado obligó a los suecos a realizar sanciones económicas contra un determinado agresor. Fue entonces cuando Hjalmar Branting, líder del partido socialdemócrata sueco, expresó que ya era tiempo de que Suecia abandonara su "política honorífica de neutralidad", consistente en que los sucesos del mundo siguieran su curso, mientras los suecos permanecían como meros espectadores, ajenos a los acontecimientos del orbe (p. 54).

Mientras que Suiza ingresaba con titubeos a la Liga de las Naciones, aunque exceptuada de tomar parte en sanciones militares, Suecia participaba cada vez más activamente, ganando el reconocimiento internacional por sus constructivas contribuciones a la solución de las controversias que surgieron en esos años. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que la Liga mostrara sus deficiencias al no contar con los medios

para aliviar o resolver los problemas de los pequeños Estados. Por esta razón Suecia retornó a su vieja política de neutralidad, especialmente tras la agresión de Italia a Etiopía en 1937 (p. 56).

El colapso final de la balanza de poder tuvo lugar en 1939 y Suecia consideró que su independencia se encontraba bajo la amenaza más seria que jamás había enfrentado desde los tiempos napoleónicos. Por una parte, el conflicto entre Finlandia y la Unión Soviética cobraba auge; por el otro, Alemania invadía a Dinamarca y Noruega.

Cabe destacar que Suecia era un importante proveedor de minerales a Alemania, quien los utilizaba para la fabricación de armamento. Pero la relación entre ambos países llegó a un punto crítico cuando el 16 de junio de 1941 los alemanes demandaron la supresión de restricciones para el tránsito de personas y equipo a través de Suecia, con la finalidad de reforzar la ocupación de Noruega. Con ese fin se firmó un acuerdo el 8 de julio del mismo año, por medio del cual los soldados alemanes que estuvieran en Noruega podrían volver a Alemania viajando a través de Suecia. Cada día viajaría un tren en cada dirección, entre Kornsjö y Trelleborg, llevando 500 tropas alemanas uniformadas, mientras que un tren por semana podría transitar entre Riksgränsen y Trelleborg. Suecia ofreció una red de trenes suecos para transportar las unidades alemanas entre el norte y el centro de Noruega. Esta concesión sueca facilitaba el desplazamiento de las tropas alemanas en Noruega, sin necesidad de hacerlo por mar, corriendo el riesgo de que los británicos las atacaran.

El primer ministro sueco Hansson deploraba el que Suecia hubiera abandonado su política de neutralidad (p. 62). Sin embargo, cuando el gobierno noruego exiliado en Londres protestó por las facilidades suecas otorgadas a los alemanes, Hansson respondió que la Convención de La Haya no había sido violada, ya que las tropas alemanas atravesaron un territorio neutral para ocupar otro en donde las hostilidades se habían iniciado. Se aludió también a que la Convención citada posibilita que un Estado neutral permita o prohíba el paso de tropas beligerantes por su territorio si asume la misma actitud para todas las partes en conflicto, por lo que la negativa al tránsito de los alemanes por Suecia habría favorecido, en parte, a Noruega y los aliados (p. 64).

Los aliados pidieron que Suecia cancelara su acuerdo de tránsito con Alemania y que redujera drásticamente su comercio con ese país. Sin embargo, la actividad comercial entre Suecia y Alemania era importante. Y a pesar de ello, los suecos necesitaban un acuerdo con las potencias occidentales que pudiera sentar las bases de una futura relación con los aliados. Así, el gobierno sueco trató de obtener de Estados Unidos y Gran Bretaña la promesa de que aumentarían su comercio con el país escandinavo. Al

mismo tiempo, la opinión pública sueca pedía que se abrogaran las concesiones hechas a Alemania a fin de propiciar una rápida victoria aliada en la guerra. De esta forma, Suecia firmó un acuerdo con los estadounidenses y británicos en junio de 1943, cancelando, al mismo tiempo, el acuerdo de tránsito establecido con Alemania.

Al término de la segunda gran conflagración, Suecia fue promotora de la idea de formar un bloque defensivo al lado de Finlandia, Dinamarca y Noruega. Dichos planes se vieron frustrados, primero, por la firma del Tratado de Amistad, Cooperación y Asistencia Mutua de 1948 entre la URSS y Finlandia y, segundo, por el ingreso de Dinamarca y Noruega a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). A su vez, el pueblo sueco manifestaba su oposición a unirse a alianzas militares o a ejercer una acción militar en la eventualidad de un conflicto (p. 70).

La actual política de neutralidad de Suecia puede entenderse como un no-alineamiento en tiempos de paz que conduciría a la neutralidad en tiempos de guerra, donde una es condición *sine qua non* para la otra. Su neutralidad nuevamente ha adoptado un activismo sustancial, especialmente en el seno de organismos como la ONU, de la que Suecia es miembro fundador. Por citar un ejemplo, bastaría mencionar que los suecos han puesto tropas al servicio de las Naciones Unidas para que actúen como fuerzas de paz en determinados conflictos.

Se recuerda asimismo la condena de Suecia a la intervención estadounidense en Vietnam, así como los pronunciamientos en contra del *apartheid* y las políticas de segregación de Sudáfrica. Por otro lado, para reforzar su solidaridad con los países pobres, Suecia es, de acuerdo con las estadísticas de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), uno de los países que destina mayores recursos para el desarrollo.

Sin embargo, esa neutralidad se enfrenta a una dura prueba. Tal es el hecho de que Suecia sea miembro de la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA) y que, en esa calidad, cada vez le sea planteado con mayor fuerza la necesidad de acceder a formas de cooperación e integración económicas más estrechas con Europa, como lo plantea la Comunidad Económica Europea (CEE).

El debate está ahí. Por tradición, la membresía en la CEE se considera incompatible con el estatus de neutralidad de los suecos, especialmente en la concepción de supranacionalidad, idea según la cual los Estados miembros del Mercomún han acordado ceder una parte de su soberanía a un órgano de poder ubicado en Bruselas, cuyas decisiones son obligatorias para todos sus miembros.

Las raíces de la neutralidad sueca y su desarrollo posterior muestran las dificultades surgidas para consolidar esa política exterior que, en opinión de muchos, debe ser replanteada a la luz de los acontecimientos recientes. Suecia ha cuidado sus relaciones exteriores con el resto del mundo, pero ¿hasta cuándo podrá mantenerse esa neutralidad? El análisis de Wahlbäck evita, deliberadamente, tocar este punto tan sensible y, en cambio, sugiere retomar las experiencias pasadas para resolver los nuevos problemas, lo cual no siempre sería lo más acertado, porque Suecia no debe permitir que la historia la rebase, especialmente cuando las relaciones internacionales son tan dinámicas.

Cristina Rosas González